

PERSONA(LIDAD) Y SUBJETIVIDAD. UNA CRÍTICA A LA NOCIÓN DE SUBJETIVIDAD DESDE LA PERSPECTIVA DE LA PSICOLOGÍA DE LA PERSONALIDAD

PEDRO RODRÍGUEZ

Departamento de Estudios Psicosociales, Facultad de Psicología,
Universidad del Valle.
pedro.e.rodriguez@correounivalle.edu.co

Resumen

La psicología de la personalidad ha sido durante décadas un área central en la discusión de temas claves de la psicología. Pese a todos estos beneficios, el campo ha sido objeto de diversas discusiones por la tensión que la propuesta de personalidad ha supuesto históricamente para los estándares generales de una psicología objetivista. En años recientes, y con argumentos relativamente análogos, diferentes enfoques que suscriben aproximaciones subjetivistas han retomado la descalificación del área, proponiendo, además de diferentes formas de despseudología, así como el aniquilamiento de la noción de persona. En este texto se discuten algunas implicaciones de esa perspectiva, tomando como referencia tres dimensiones propias del área: (a) metateórica; (b) teórica; (c) metodológica. También se discuten implicaciones prácticas.

Palabras clave: Personalidad, Psicología de la Personalidad, Subjetividades, Subjetivación, Posmodernidad, Producción de Conocimiento.

Recibido: 16 de junio de 2022
Aceptado: 31 de octubre de 2022
Publicado: 01 de diciembre de 2022



PERSON(ALITY) AND SUBJECTIVITY. A CRITIQUE OF THE NOTION OF SUBJECTIVITY FROM THE PERSPECTIVE OF PERSONALITY PSYCHOLOGY

PEDRO RODRÍGUEZ

Departamento de Estudios Psicosociales, Facultad de Psicología,
Universidad del Valle.

pedro.e.rodriguez@correounivalle.edu.co

Abstract

Personality psychology has been for decades a central area in the discussion of key issues within the discipline of psychology. Despite all these benefits, the field has been the subject of various discussions due to the tension that the personality proposal has historically posed for the general standards of an objectivist psychology. In recent years, and with relatively similar arguments, different approaches that subscribe to subjectivist approaches have taken up the disqualification of the field, proposing, in addition to different forms of depsychologization, the annihilation of the notion of person. In this text, some implications of this perspective are discussed, taking as reference three dimensions: (a) metatheoretical; (b) theoretical; and (c) methodological. Practical implications are also discussed.

Keywords: Personality, Personality psychology, Subjectivity, Subjectivation, Postmodernity, Knowledge Production.

Received: June 16, 2022

Accepted: Aug. 31, 2022

Published: Dec. 01, 2022

INTRODUCCIÓN

En 1992, el prominente psicólogo mexicano Rogelio Díaz-Guerrero se animó a imaginar el futuro del campo de la psicología de la personalidad (PP) en el siglo XXI: “En mi opinión... el siglo XXI se caracterizará por el progresivo abandono de los sistemas intuitivos y la cada vez mayor alianza y desenvolvimiento de los paradigmas experimentales de la personalidad” (p. 38-39). Justo en esa época, Cervone (1991) creía ver dos paradigmas en el campo. Por un lado, hablaba de la existencia de unidades “cognitivo-afectivas de personas en contexto”, lo que él abreviaba como visiones “socio-cognitivas” y, por el otro, reconocía la existencia de unidades de “rasgos/disposicionales”. De una forma análoga a Díaz-Guerrero, allí, en esas dos perspectivas, Cervone también encontraba las promesas de avance.

Treinta años después, aunque el pronóstico de Díaz-Guerrero no se cumplió por completo, sí puede apreciarse, en efecto, un predominio de visiones propias de la psicología objetiva (con énfasis de los enfoques de la tradición factorial o de rasgos, mejor conocida como *psicología diferencial*, antes que propiamente experimental), así como un notable desdibujamiento de lo que ese autor entendía por “sistemas intuitivos”, que no era otra cosa que las llamadas Grandes Teorías del campo de la personalidad. Tal como dicen Atherton et al. (2021, p. 2), en el presente, el ámbito de la PP se entiende como:

un subcampo muy pequeño y, por lo general, no muy influyente; o, incluso, un mal ejemplo a seguir para otras disciplinas, como señala Baumeister (2016). Además, el estereotipo de la investigación de la personalidad es que es aburrida, no especialmente exitosa para atraer la atención, la financiación o el respeto.

En realidad, el efecto más notable de esa pérdida de foco reside en el poco espacio que hoy ocupa la noción de personalidad (así como sus implicaciones conceptuales) en el ámbito general de la discusión en psicología.

No es una sorpresa entonces que, salvo muy contadas excepciones, la PP (o nociones análogas como grandes teorías, sistemas, etc.) se note ausente de muchas de las discusiones conceptuales en las que tantas veces fue protagonista en el siglo XX, haya desaparecido de los *pensum* de estudios en psicología, cuando no son el espacio para proponer temas como “el crecimiento personal” (Atherton et al., 2021; García, 2010). Entre tanto, el foco de la discusión de la psicología, en general, parece haberse desplazado

al estudio de procesos concretos (Bermúdez et al, 2011; Pervin, 2003), al protagonismo de discusiones de naturaleza biológica, como el avance de los procesos en neuropsicología (Tordjam, 2010), ciertos posicionamientos de naturaleza culturalista (Molina y Estrada, 2006), así como diferentes formas tecnológicas de intervención, basadas en protocolos más o menos rígidos de intervención o reformulaciones de preguntas con aires de inspiración mayéutica (Gómez, 2012).

Tal como argumentaba Danziger varias décadas atrás, las características propias del campo de la PP “simplemente se dieron por sentadas, incorporadas en instrumentos cuyo uso transformó las cuestiones conceptuales en cuestiones técnicas. Como resultado, algunos de los supuestos más básicos del campo desaparecieron de la vista” (1990, p. 60). No es en realidad la primera vez que eso pasa. La noción de personalidad ha aparecido y desaparecido a lo largo de una historia. Como comenta Cervone (1991, p. 317) “la psicología de la personalidad ha tenido su historia de subidas y bajadas”, dando lugar a un “período de crisis” en el que fueron retadas las suposiciones tradicionales”. Por su parte, en lo que respecta a la visión canónica de ciencia positiva –entendida desde los centros de influencia norteamericanos–, la noción de personalidad nunca ha estado en la agenda (Danziger, 1990).

Es así como nos encontramos con un presente en el que parecen coexistir dos visiones completamente diferentes entre sí, pero complementarias en cuanto a su desconocimiento de la idea de persona. Por un lado, tal como predijeron parcialmente Díaz-Guerrero y Cervone, está la psicología diferencial, cuyo desarrollo dista sustancialmente de los ideales con los que surgió el campo de la PP puesto que, en su esfuerzo por resumir la conducta en base a rasgos, termina por suprimir la comprensión de los procesos únicos, personales e idiográficos. En el otro extremo nos encontramos con un espectro francamente amplio de posicionamientos, propuestas filosóficas, teorías –y pseudoteorías– que, bajo el impulso de la sensibilidad posmoderna, terminan por articular un discurso en el que la persona, en particular, y la preocupación psicológica en general, es sustituida por nociones convencionales de naturaleza cultural, histórica o de lenguaje (Díaz-Guerrero, 1992; Gergen, 1994; González-Rey, 2008, 2009; Molina y Estrada, 2006) y que, en el marco de este texto, agruparemos bajo la noción de subjetividad o subjetividades. Un concepto que, en efecto, suele ser utilizado por algunos autores como un “constructo clave” para sustituir a la noción de personalidad (Branney, 2009). Allí, en ese escenario, parecería que la PP, con sus discusiones sobre la ciencia, el ser humano, la teorización, el método y la intervención tuviesen poco o nada qué decir.

Desde luego, es un fenómeno natural –y también deseable dentro de los procesos de maduración de las disciplinas– que ciertos conceptos de la ciencia, primitivos o arcaicos, sean dejados atrás (Elster, 2007); sin embargo, en el caso de la noción de personalidad y sus teorías, más que un problema de “avance del conocimiento”, mi propuesta es que lo que en realidad podemos encontrar es la manifestación de una antigua tensión histórica que presenta diferentes resistencias metateóricas ante las perspectivas de personalidad y su deslinde respecto a los modelos objetivistas, por una parte, así como también frente a las posiciones del subjetivismo posmoderno.

También sostengo que, aunque parezca irónico, las bases de la nueva crítica del subjetivismo posmoderno son las mismas que, en su momento, sostuvieron la crítica conductista y objetivista que la PP recibió durante la segunda mitad del siglo XX y que podría resumirse en el llamado debate “persona–situación” (Atherton et al., 2021; Fierro, 1983, 1996). Así, en el desdibujamiento actual de la noción de personalidad, opera un fenómeno que no es estrictamente conceptual, sino una ruptura epistémica que convencionalmente hemos identificado como una crítica radical a la modernidad.

Sostengo, al mismo tiempo, que el desdibujamiento de la noción de personalidad coexiste con otros procesos más amplios que afectan el campo de la psicología en su sentido general, como es el constatable proceso de despseudologización de muchas de sus propuestas teóricas, así como diferentes manifestaciones antipsicológicas (vg: esa idea de Badoiu (1992/2003) de que el problema del amor es que lo estudia la psicología, o la idea tan cara a la tradición foucaultiana instalada en sus textos tempranos, para quienes el estudio de la psicología es alienante, como dice Martín (2000, p. 274) al reducir los “problemas de la vida” a “problemas psicológicos (individuales e innecesarios)”.

Puesto que la discusión sobre la crítica objetivista en ciencia es algo que acompañó el cuerpo de la PP durante buena parte del siglo XX, no veo mayor necesidad de insistir en ello. Me centraré entonces en la categoría general de subjetividad posmoderna, pues, con todo y la vaguedad con la que suele ser expresada, corresponde con un concepto que nos permite explorar varias de las dimensiones más significativas del campo de la P en el presente. Lo que intentaré hacer en las páginas siguientes es explorar la noción de subjetividad tomando como punto de referencia tres grandes dimensiones frecuentemente usadas en el campo de la PP: (a) la dimensión metateórica (implicaciones de naturaleza filosófica); (b) la dimensión teórica (elementos relacionados con la teorización del concepto); (c) la dimensión

metodológica (implicaciones para el estudio); por último, ofreceré algunas conclusiones donde revisaré algunas implicaciones relacionadas con la práctica psicológica, frecuentemente asociada a la práctica terapéutica y la intervención psicosocial.

TRES DIMENSIONES SOBRE EL DILEMA PERSONA - SUBJETIVIDAD LA DIMENSIÓN METATEÓRICA

Pese a la costumbre de “defender hasta la muerte” las perspectivas teóricas, como alguna vez comentó McAdams (20009) respecto a la fidelidad a determinados sistemas de personalidad, en realidad, el gran valor del campo de la PP está representado en su capacidad para reconocer, reflexionar y dialogar con dimensiones metateóricas. Como dice Llorens (2012), al referirse a la enseñanza de esta área de la PP ofrece: “la oportunidad de no solo dar respuestas a los problemas abordados por este campo, sino también ofrece un lugar para pensar y analizar las principales controversias en la psicología” (p. 161-162). Algo semejante es refrendado por Atherton et al. (2021) quienes ven en la diversidad teórica y metodológica del campo de la PP su gran fortaleza y potenciales aportes a la discusión contemporánea.

Existe un consenso general en que las PP comparten, al menos, las siguientes dimensiones metateóricas: (a) una visión de realidad (ontología); (b) una visión de conocimiento y ciencia (epistemología); (c) una noción de hombre (antropología filosófica). Más recientemente, Montero (2001) ha propuesto la inclusión de otras dos dimensiones paradigmáticas para el campo de la psicología, en general, pero que es perfectamente asimilable al de la PP, en particular: (d) Una noción ética (axiológica); (e) una noción política (relación con el poder y la *polis*).

Todos estos elementos, a lo largo de la historia, nos han permitido desentrañar los significados y perspectivas que subyacen a las diferentes teorías, así como a los grandes modelos en PP, comprendiendo que las propuestas conceptuales son, en efecto, resultado de fuerzas sociales, históricas y biográficas por parte de los autores (Atwood y Tomkins, 1976; Atwood y Stolorow, 1993); pero que, al mismo tiempo, esas producciones, más allá de su naturaleza situada, representan también importantes oportunidades para producir narrativas significativas sobre la comprensión teórica, así como para la intervención ante procesos humanos, en una estimulante multiplicidad teórica y paradigmática. Una multiplicidad en la que no sólo se expresan las diferentes corrientes históricas de la psicología, sino que además permite recorrer de una manera reflexiva, compleja y sensible, lo que Kelly (1955/1991)

entendió como “focos de conveniencia” teórica, capaces de dar las mejores y más adecuadas explicaciones a diferentes cuestiones teóricas, evitando así el mero posicionamiento del “todo vale” (*anything goes*).

La multiplicidad y complejidad del área, sin embargo, frecuentemente se ha visto distorsionada por dos condiciones exteriores al campo: (a) la presión de las perspectivas del positivismo respecto a las propuestas teóricas; (b) la hegemonía de una visión de la personalidad –o incluso, “la ciencia de la personalidad”, como con frecuencia se llama desde finales del siglo pasado– desde la perspectiva de la psicología norteamericana, omitiendo así importantes y valiosos aportes teóricos y prácticos provenientes de la tradición europea, así como ciertas sensibilidades culturales que le son propias, por su parte, a la tradición latinoamericana (Atherton et al., 2021; Díaz-Guerrero, 1992; García, 2011).

Así, aunque el consenso general ha querido hacer creer que existen modelos “especulativos” (lo que Díaz-Guerrero llamaba “intuitivos”), versus modelos experimentales y factoriales, en realidad, el campo de la PP denota muchas más sutilezas, susceptibles a ser explicadas, precisamente, a un paso más allá de clasificaciones condicionadas por las perspectivas metateóricas con las que se llega a la discusión. Por ejemplo, aunque durante décadas existieron férreos conflictos entre los llamados modelos “experimentales” y “factoriales”, aduciendo diferencias irreconciliables (cosa que es cierto) desde sus perspectivas paradigmáticas (Cervone, 1991; Fierro, 1983, 1996), lo cierto es que la tradición más conservadora ha legitimado y celebrado la existencia de ambas perspectivas, con sus respectivas rutas disciplinares, en el entendido que se trata de perspectivas que, con más o menos precisión, responden a las exigencias de producción de conocimiento positivo; algo que, sin embargo, no siempre han estado en disposición a hacer respecto a las “grandes teorías”.

Ahora bien, es preciso apuntar que el campo de la PP, dividido entre visiones positivistas versus más bien cualitativas –especulativas o intuitivas– dejó de ser tal cosa a partir del rompimiento paradigmático de finales del siglo XX, en el que se cuestionaron las bases del conocimiento, la realidad, el hombre y la razón (Ibáñez, 2001; Gergen, 2022). Es allí donde podemos ubicar, en efecto, a las perspectivas posmodernas¹ y sus propuestas de una psicología basada, ante todo, en las subjetividades.

1 El registro más visible del inicio de la discusión podría encontrarse en lo que Lyotard (1979/2000) dio en llamar “la muerte de los grandes relatos”, correspondiente al final

Una mirada más amplia al campo permitiría ver que si agrupamos las propuestas paradigmáticas tomando como referencia las nociones de ciencia, lo que en realidad tenemos no son dos conjuntos protagónicos, sino tres grandes modelos de hacer ciencia, como muestra la tabla 1.

Tabla 1. Ubicación de Grandes Modelos/ Paradigmas de la Personalidad según su perspectiva de conocimiento:

Perspectivas Positivistas	Perspectivas Clínicas, Cualitativas, Fenomenológicas	Perspectivas posmodernas
1. Experimental / Cognitivo-Conductual 2. Factorial / Correlacional / Diferencias Individuales.	1. Psicoanalítico / Clínico (en todas sus variantes) 2. Fenomenológicos / Humanistas / Experienciales 3. Sociales / Culturales	1. Construccinismo / Constructivismo 2. Variantes psicoanalíticas post-freudianas 3. Perspectivas identitarias / Aproximaciones feministas, etc.

Como puede verse en la tabla, es posible presentar una organización de las teorías en base al peso de la perspectiva de ciencia que le subyace. En su visión más estricta, dicha tabla podría verse como un tríptico en el que, del lado izquierdo y derecho se desarrollan teorías perfectamente dispuestas a prescindir del campo de la PP según las Grandes Teorías. Así, como se señalaba más arriba, pese a los conocidos debates entre conductismo (negador de la noción de personalidad) versus teoría de rasgos (partícipe de una noción muy particular de personalidad, basada en el rasgo; es decir, en la comparación en base a las diferencias individuales) ambas coexisten, en efecto, dentro de un mismo nicho positivista. Por su parte, las perspectivas que en esta tabla doy por llamar clínicas, cualitativas y fenomenológicas, nos sirve para agrupar otros grandes sistemas (susceptibles, a su vez, a otras agrupaciones) que tienen en común el interés por la comprensión global del *qué*, el *cómo* y el *por qué* de la conducta, pero que lo hacen desde perspectivas más cercanas a la tradición alemana de las “Ciencias del Espíritu” (*Geisteswissenschaften*), en las que se incluyen disciplinas como la historia, en oposición a las “Ciencias de la Naturaleza” (*Naturwissenschaften*), más cercanas al paradigma objetivista. Tal como en su momento señaló Pervin (1984, 2003) estas perspectivas, en efecto, difícilmente logran dar cuenta de un rendimiento óptimo en la evaluación de atributos formales en ciencia; sin embargo, suelen cumplir

de las grandes narrativas del cristianismo, el iluminismo, el marxismo y el capitalismo como formas de interpretar la realidad. Es significativo que, en una entrevista de hace varias décadas, dijese: “Debemos acostumbrarnos a pensar sin moldes ni criterios. Eso es el posmodernismo” (Iriart, 1985).

con bastante eficiencia el último –y posiblemente más importantes criterios de una teoría para una disciplina que es a la vez ciencia y profesión–: un poderoso valor heurístico; es decir, una significativa capacidad para resolver problemas, independientemente de las debilidades en procesos formales tales como la operacionalización, la falsación, etc.

Por último, la tabla muestra una tercera dimensión, frecuentemente ausente en muchos textos y revisiones en PP, correspondientes a lo que aquí estamos englobando en la noción de perspectivas posmodernas. Lo que diferencia a estas perspectivas de las clásicas perspectivas clínicas o especulativas es que, en este caso, la noción de ciencia, de realidad y hombre va unos pasos más allá en su crítica y reformulación, implicando rupturas dramáticas, no solo con los modos de producción de conocimiento, sino incluso con la misma antropología filosófica que acompañó las nociones de hombre durante todo el siglo pasado.

Una forma útil para categorizar estos enfoques –aunque se trata de una referencia correspondiente a otro ámbito– es lo que Elster (2007) dio en llamar ciencia social blanda (*Soft Social Science*). Para este autor, tales enfoques “tienen más en común con ciertas formas de la crítica literaria (o con la literatura) que con las investigaciones cualitativas empíricas” (p. 446). Estas visiones, dentro de las que engloba a las teorías posmodernas, poscoloniales, el desconstruccionismo y ciertas variantes psicoanalíticas como el análisis kleiniano o lacaniano.

Ahora bien, hay al menos cuatro condiciones, entre las muchas posibles, que me interesa resaltar en este texto como armonizadoras de la idea de subjetividad y su temporal protagonismo en la discusión. Tales visiones, como espero demostrar, representan posicionamientos emparentados con sistemas de creencias de larga tradición que, sin embargo, han alcanzado suficiente popularidad dentro de ciertas comunidades de la psicología y las ciencias sociales, como para presentarse como ideas teóricas y metodológicas que parecen hacer “obvio” la apuesta por la idea de subjetividad en sustitución de la noción de personalidad. La primera de ellas relaciona, en realidad, dos dimensiones que aquí presentaré juntas: con la noción de realidad y las posibilidades de conocer esa realidad.

a. El problema del conocimiento de la realidad en ciencia. El primer caso puede verse representado bastante bien con la idea de que no existe tal cosa como una realidad “allá afuera”; el resultado más radical de este acento es la suposición, filosóficamente discutible, pero perfectamente articulada con una

cierta tradición dentro del empirismo inglés, de que no existe posibilidades reales de conocer al ser humano.

Hace unos meses atrás, en una conferencia dictada para el programa de postgrados de la Facultad de Psicología de la Universidad del Valle, el eminente fundador del construccionismo social, el Dr. Kenneth Gergen, comentaba:

¿Cómo pasamos de lo que dijo una persona al significado o lo que quiere decir, digamos, desde la parte superficial a la fuente interna de esas palabras? ¿Cómo sabemos a qué se refieren los textos en términos de la intención del autor? Y a medida que trabajé en esa literatura, *llegué a la conclusión de que no puedes, no puedes conocer la intención. No hay forma intelectual o de otra manera, de localizar la intención detrás de la palabra. Así que la intención es algo que construimos, es algo que nos inventamos, porque nunca podremos llegar a ella. De igual forma, en la psicología, nunca puedes llegar a la fuente subyacente.* La cognición, la motivación, el prejuicio. Todas estas palabras acerca de lo que subyace en nuestro comportamiento, son como una especie de mito cultural, son parte de lo que heredamos de nuestras tradiciones” (Gergen, 2022, cursivas añadidas. p. 51)

Si bien podemos admitir el legítimo derecho de las perspectivas construccionistas y posmodernas por suscribir nociones filosóficamente asociadas con la tradición del empirismo (tal cosa es algo que ya podemos apreciar, de hecho, desde 1953, cuando Deleuze escribió su libro: *Empirismo y Subjetividad*), es también necesario considerar las implicaciones extremas de tales posicionamientos. Tal como, en su momento, señaló atinadamente Montero, la idea de que “la realidad reside en nosotros” y por lo tanto solo representa el producto o resultado de nuestra propia “actividad cognoscitiva”, es algo que:

“en algunos círculos se ha simplificado hasta la afirmación de que la realidad no existe, con lo cual se crea una aporía, es decir, una proposición sin salida lógica, ya que si algo no existe no puede ser ni negado ni afirmado, por lo cual la negación afirma su existencia” (1999, p. 12)

En directa relación con la “imposibilidad de conocer la realidad exterior”, las perspectivas posmodernas han llevado a otras formas desprovistas de

una posibilidad razonada respecto a las formas en las que podría legitimarse el conocimiento en ciencia. Un buen ejemplo de ello puede verse en la propuesta de Tomás Ibáñez (2001), quien desde el otro lado del Atlántico, ha escrito importantes páginas fundacionales de ese movimiento. En sus palabras, la crítica radical a la razón que supone el construccionismo social termina por llevar a la propuesta de una metodología de base más bien pragmática, según la cual: “nos hemos dado cuenta que nuestras prácticas, tanto las que utilizábamos para construir nuestros conocimientos, como las que desarrollábamos para usar esos conocimientos remitían a nuestros presupuestos culturales, a nuestra inescapable historicidad” (p. 149). Siendo así, (y aunque no fuese necesariamente el resultado del análisis anterior) la propuesta de Ibáñez es que ya no sería factible sostener la validez de la producción de conocimiento en la aplicación del método científico, o en otras formas contenidas en él, sino partiendo del pragmático y “muy subjetivo patrón de nuestras propias finalidades”. Dice este autor:

“¿Cuál es el resultado? (...) ya no puedo decirte: «¿Cuáles son tus datos? Dime qué procedimientos has utilizado para constituirlos y para analizarlos, y te diré entonces si estoy de acuerdo o no con tu discurso». Ya no puedo decirte esto, lo único que puedo decirte es lo siguiente: «Dime qué consecuencias tiene tu discurso, qué efectos produce, qué prácticas sugiere, y te diré, entonces, si estoy de acuerdo o no con tu discurso»” (p. 149).

Aquí, nuevamente, como en el caso de la noción de realidad, las perspectivas posmodernas más radicales terminan por mostrarnos un callejón sin salida que, si bien no podría ser calificado en estricto sentido de irracionalista (puesto que el irracionalismo corresponde más bien a una doctrina filosófica basada en la voluntad), al menos sí podría dar constancia de una ruptura con algo que va más allá de la mera racionalidad, y que alude a la posibilidad de establecer un espacio de mínimos acuerdos epistémicos y metodológicos dentro de la comunidad científica, en beneficio de lo que hace ya casi 150 años Charles Peirce alguna vez llamó modos “de fijar creencias”.

b. El rol hipertrofiado del lenguaje. Pese a las notables variaciones que podemos encontrar en el pensamiento posmoderno, un elemento que siempre está presente en la discusión y la sensibilidad es el predominio, muchas veces radical, del lenguaje como figura y fondo de los procesos humanos y sociales (Foucault, 1968). Los ejemplos sobran. Este, tomado casi al azar: “El sujeto es un efecto del lenguaje y la relación entre el sujeto y el lenguaje no es la de

producción sino de causalidad, es decir: de una constitución debida a causa y estructura” (Tolini, 2022, p. 74).

Mucho antes del “giro lingüístico” asociado a Rorty, existía una nueva sensibilidad respecto al lenguaje. Lo podemos ver con claridad en Heidegger, cuando dice: “...la Palabra proporciona al hombre la primera y capital garantía de poder mantenerse firme ante el público de los entes. Únicamente donde haya Palabra habrá Mundo, esto es: un ámbito... Solamente donde haya mundo, habrá historia” (Heidegger, 1991, p. 25). Años después, el trabajo de Michel Foucault llevará esta agenda a un lugar todavía más influyente; para ese autor, la idea de subjetividad quedará completamente determinada “a partir de la acción verbal” (Corral, 2004, p. 188). Los seguidores, discípulos y comentaristas de esta propuesta llevarán tal noción a la máxima expresión de su potencial.

Una idea permite aterrizar algunas de estas discusiones puede verse reflejada en la noción de subjetividades que ha comenzado a tomar fuerza en diferentes publicaciones desde el inicio del siglo XXI y que, en mi opinión, representa un interesante objeto para el análisis del cambio de las sensibilidades, corresponde precisamente con el desmesurado peso colocado sobre temas del lenguaje. Aquí, nuevamente, podemos valernos del análisis de Montero (1999) respecto a esta tradición tan influyente en las últimas décadas. Dice esta autora:

“(...) el rol desempeñado por el lenguaje, a mi modo de ver, generado por otro tipo de afirmaciones simplificadoras. Aquéllas que consideran que el conocimiento del mundo y los procesos cognoscitivos que construyen ese conocimiento, solo se expresan a través del lenguaje y al hablar de éste se privilegia sus expresiones oral-escrita, considerando que ellas constituyen textos y reduciendo, en consecuencia, la noción de texto a las verbalizaciones” (p. 13).

Y, un poco más adelante: “Pero, al concretar toda forma de comunicación a la verbal (en sus formas oral y escrita) se está escamoteando la existencia de un complejo mundo que es parte de todos los ámbitos de la vida: el de la acción”. (p. 13).

c. Culturalismo exacerbado. Igual que el lenguaje, el tema de la sociedad y la cultura es un elemento característico de la sensibilidad de estos tiempos. Tal situación, incluso, antecede el peso de las perspectivas posmodernas y podemos encontrarla, de manera muy especial, en el contexto del pensamiento

latinoamericano (Bleichmar, 2005, 2009; Montero, 1999; Molina y Estrada, 2006), al punto de que Díaz-Guerrero (1992, p. 50) ha descrito el paradigma etnopsicológico como “el favorito de los latinoamericanos”.

Naturalmente, una cosa es estar influidos por un *zeitgeist* en el que las categorías sociales y culturales tienen un peso significativo y otra, muy diferente, exacerbar la importancia de esa dimensión, hasta el límite de desconocer casi cualquier otra dimensión posible en la explicación y comprensión de la conducta humana. Con las variantes que corresponde aceptar, es justo eso lo que encontramos en ciertas perspectivas posmodernas que idealizan a tal punto la dimensión cultural, que pueden ser capaces de anular otras dimensiones. Así, el problema de asumir un determinismo cultural radical estriba en que, al operar de tal manera, corremos el riesgo de omitir aproximaciones que nos muestren rutas diferentes. Un ejemplo, entre los tantos que pueden encontrarse, puede verse en los resultados de estudios longitudinales de rasgos de personalidad a partir de métodos propios de la psicología diferencial (Atherton et al., 2022) en los que puede encontrarse que poblaciones de adultos latinos estudiados durante 12 años con el *Inventario Big Five* muestran patrones consistentes que no se asocian de manera significativa con variables sociodemográficas (como el género o el nivel educativo) o culturales (como el estatus generacional o los valores culturales). Significativamente, estos autores encontraron que algunos rasgos del inventario respondían en mayor proporción a elementos culturales, pero no todos; lo que hace evidente la necesidad de pensar este tema desde el marco de modelos teóricos y metodológicos bien fundamentados, más allá del mero posicionamiento filosófico o doctrinal.

d. La dimensión política. Un último elemento que me interesa discutir aquí es el relacionado con la dimensión política en las perspectivas posmodernas y su relación con la PP. Sabemos que desde hace décadas, ha evolucionado un honesto movimiento que ha colocado el problema de las implicaciones políticas de la producción de conocimiento en ciencia en el foco de la discusión. Tal posicionamiento, de indudable valor teórico, ético y práctico, terminó por visibilizar el impacto que tienen nuestras formas de conocer sobre la sociedad (Gergen, 2022), así como también la manera en la que nuestras posiciones políticas afectan de forma irremediable los fenómenos, procesos y dimensiones de nuestro estudio (Montero, 1999). Ahora bien, así como existe una reflexión inevitable sobre lo político, también es necesario subrayar el papel de otras dimensiones que, a un paso más allá de la reflexión, terminan por evidenciar un mero activismo organizado a partir de una agenda

ideológica (Demo, 1985; Montero, 2011). En lo concerniente al ámbito de la PP, Gonçalves (2009) destaca, por ejemplo, el hecho de cómo en la época de los 80 el influyente grupo de trabajo de Sílvia Lanés en la PUC-SP decidió relegar la categoría de personalidad “porque, en ese momento, entendieron que el término personalidad estaba muy ligado a las concepciones burguesas, mecanicistas y ahistóricas del psiquismo, que individualizan demasiado las formaciones psíquicas” (p. 187-188). Tal posición, en realidad, no ha cambiado sustancialmente para otros analistas. En décadas recientes se sigue argumentando que el estudio de procesos individuales corresponde a prácticas “conservadoras” ante las que se podría optar por el estudio de la subjetividad como “constructo teórico clave” (Branney, 2009).

Al integrar todas estas aristas parciales, pero claves desde una perspectiva epistémica, que he presentado hasta aquí, puede entenderse con mayor claridad por qué el resultado tangible de los posicionamientos que subyacen a todas estas perspectivas ha sido la supresión de la noción de persona, en beneficio de la subjetividad. Sin embargo, tal supresión no representa en sí misma una ganancia en el posicionamiento. En realidad, es apenas el retorno de una larga discusión que intenta negar la idea de sujeto agente.

Toda esta discusión es relevante en la medida en que nos permite entender que la sensibilidad subjetiva contemporánea responde a una serie de bases filosóficas que le dan consistencia y orden como propuesta doctrinal. Tal como comentaba más arriba, la expresión más clara de la genealogía de las subjetividades recae, en realidad, en la antigua tradición del empirismo. No hay, en realidad, mayor sorpresa en ello. Desde hace décadas, Rychlack (1981) había señalado la importancia de comprender los orígenes empiristas (que él llama lockeanos, en referencia a la propuesta de John Locke) versus las propuestas racionalistas (que él llama kantiana, en referencia al racionalismo de Kant) de las teorías de personalidad, pues de una forma más o menos explícita, todas las propuestas sobre la personalidad y el sujeto dialogan de alguna manera con el empirismo y el racionalismo como base epistémica.

Así, si bien no existe una declaración que lo suscriba como movimiento, una parte importante de la propuesta de las subjetividades contemporáneas responden a los siguientes elementos propios de la perspectiva empirista: (a) no existe tal cosa como un sujeto de partida; el sujeto es el resultado de una experiencia con el ambiente; (b) no es preciso dar cuenta, por ello mismo, de procesos mediados, intermediarios, etc.; (c) el conocimiento no debe responder a instancias subyacentes si es posible dar cuenta de experiencia o contenidos propios de la situación o el contexto.

Tales suposiciones empiristas se ven presentes no solo en tradiciones bien consolidadas de la historia de la psicología, como es el caso del conductismo norteamericano, sino que además pueden ser rastreadas en propuestas que parecerían muy alejadas de él (y que de hecho lo están en aspectos doctrinales, pero no genealógicos) como es el caso de las perspectivas del construccionismo social, o incluso de tradiciones europeas, como la línea analítica propuesta por Deleuze (1953/1977) frente al peso del pensamiento de Hume en la construcción de conocimiento, quien decía: “Hemos creído encontrar la esencia del empirismo en el problema preciso de la subjetividad (p. 91).

Ahora bien, ¿qué nos enseña la psicología de la personalidad ante esto? Seguramente lo más importante sería asumir, en primer término, que no es posible asumir un valor de verdad –o, para el caso construccionista de obiedad cultural– sobre estos postulados; sino que representan, con valor, pero sin “naturalidad” apenas una mirada situada. En segundo lugar, y tal como ocurre con las Grandes Teorías, la discusión aquí reside en las posibilidades de análisis, imaginación y solución de problemas que nos puedan ofrecer los enfoques, antes que en la ilusoria fantasía de haber resuelto el enigma sobre lo que es dado o no conocer. Otra forma de decir esto es la siguiente: lo que nos enseña la PP es que estas discusiones no resuelven, sino que nos ofrecen posicionamientos y mejores o peores opciones para abordar los problemas teóricos de la ciencia. Allí, inevitablemente, debemos dar paso a la dimensión teórica.

LA DIMENSIÓN TEÓRICA

La noción de subjetividad parece reclamar dos grandes tradiciones que eventualmente terminan por mezclarse entre sí. Una de ellas viene de la filosofía y la otra de la sociología (Aquino, 2013; Bleichamar, 2005; 2009). En el caso de la tradición más cercana a la filosofía, la aproximación a la subjetividad intenta rescatar la experiencia/vivencia respecto a otras perspectivas objetivistas o naturalistas adversas, con un particular interés en fijar posición ante el problema subjetivo-objetivo (Corral, 2004). En ese caso, más que un sistema teórico, el subjetivismo podría entenderse como una forma de posicionarse (filosófica o metodológicamente) ante la naturaleza fenoménica del individuo. En este punto, no habría mayor discusión respecto al campo de la PP, pues en ese caso, la subjetividad podría entenderse como un principio que ha estado presente en la construcción de las grandes teorías de la personalidad, tal como en su momento discutieron

Atwood y Tomkins (1976) y luego retomaron Atwood y Stolorov (1993), al explorar con herramientas psicoanalíticas la relación entre los aspectos subjetivos más íntimos de los autores de las teorías de personalidad y su manifestación dentro de sus respectivas teorías.

Por otra parte, el subjetivismo es también un *concepto-perspectiva* que, paradigmáticamente, pretende condensar el peso de factores sociales, históricos y particularidades de la experiencia dada en un modelo alternativo con más o menos ruptura en su noción de conocimiento. En ese caso, encontraremos por un lado visiones subjetivistas más integrativas, antes que una tensión entre el sujeto y el mundo social/cultural (como es el caso de ciertas visiones culturalistas), mientras que por otro lado encontraremos visiones más radicales, pertenecientes a visiones disímiles, pero frecuentemente emparentadas con posiciones de ruptura y crítica radical a las nociones de sujeto, realidad, ciencia, lenguaje y cultura.

Son esas las perspectivas que traen una propuesta concreta antagónica respecto a la noción de personalidad y persona. Naturalmente, así como no existe tal cosa como una teoría de la personalidad o de “la persona”, tampoco es posible proponer tal cosa como una teoría de la subjetividad. Aquino (2013) señala que hay al menos 4 visiones: (a). Una primera versión, proveniente de Foucault y Guattari, quienes sin ser estrictamente sociólogos, terminan por impulsar una ruta dentro del área; (b). Una perspectiva de base cultural; (c). Una perspectiva sociológica; (d). Una visión antropológica. Sin embargo, aún reconociendo la utilidad de tales clasificaciones, también es preciso insistir en que la vaguedad de la noción de subjetividad suele ser tan grande que, incluso textos que explícitamente la postulan dentro de su propio título, al ser revisados con detalle, no muestran siquiera una definición precisa de lo que se está diciendo con ella.

Así, para los fines de este artículo, voy a mostrar dos polos teóricos de la noción de subjetividad: la visión de Foucault, sin duda la más influyente y, por otra parte, el planteamiento posmoderno de González Rey (2008, 2009) una propuesta que no reniega del ámbito de personalidad. Por último, propondré la crítica que, desde el psicoanálisis, realiza Silvia Bleichmar de este concepto. Esto es así pues, pese a nacer de una lógica psicoanalítica, es perfectamente coherente con las visiones más amplias de la psicología de la personalidad.

Foucault y el inicio de una tradición. La primera y más famosa referencia de Michel Foucault sobre el problema del sujeto y la subjetividad puede verse

en el proyecto de análisis de las ciencias expresado en su libro *Las palabras y las cosas* (1968). Allí escribe el famoso párrafo al final del libro, referenciado ampliamente en la discusión, y del cual tomaré solo tres referencias. La primera: “*En todo caso, una cosa es cierta: que el hombre no es el problema más antiguo ni el más constante que se haya planteado el saber humano*” (Cursivas añadidas. p. 375). La segunda: “*El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizá también su próximo fin*” (Cursivas añadidas. p. 375). Por último: “*Si esas disposiciones desaparecieran tal como aparecieron, si, (...) entonces podría apostarse a que el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena*” (Cursivas añadidas. p. 375).

Algunos autores han destacado que, para hacer justicia, esta discusión representa un momento dentro de una tensión en el que la subjetividad –o quizá sería más adecuado decir, la subjetivación– representa el entendimiento de los modos en los que el Sujeto es objeto de determinadas prácticas de conocimiento y poder; para luego dar paso, en su fase final, a una retoma de interés en el sujeto, ésa vez entendido ya no como un sujeto sometido, sino como un sujeto moral (Aquino, 2013; Castro, 2004); después de todo, Foucault dejó claro que su interés más sostenido consistió en comprender la forma como el ser humano se constituye en sujeto (Castro, 2004); no es una sorpresa, entonces, que sus trabajos tardíos retomen esa preocupación, incluyendo ángulos novedosos. Del modo que sea, lo cierto es que para los fines de esta discusión, el Foucault de *Las palabras y las cosas* está proponiendo *un sujeto entendido en el marco preciso de la sujeción a un discurso*. En este contexto, podría decirse que la muerte del hombre, es en realidad la muerte de la epistemología que hizo posible al sujeto trascendente, así que, independientemente del valor que pueda tener la discusión sobre las formas de conocimiento y saber, la propuesta de subjetividad derivada no es, en rigor, una posición teórica sobre los procesos y mecanismos de la subjetivación, sino antes bien, una posición dentro de un legítimo programa intelectual sobre formas de influencia y saber, ajeno por lo tanto a otras implicaciones analíticas.

González-Rey: una alternativa culturalista posmoderna. A diferencia de la ruptura del primer Foucault, existen otras perspectivas, naturalmente mucho menos influyentes, pero que logran ofrecernos una mirada de las formas en las que puede ser visto el problema de la subjetividad en un diálogo con la PP. Como muchos teóricos de la personalidad, este autor rechaza la posibilidad de anular la noción de sujeto agente de la comprensión teórica; sin embargo,

valiéndose de la perspectiva culturalista iniciada por Vygotsky, encuentra una forma de proponer una forma de entender la subjetividad que dialoga de manera interesante con otras perspectivas posmodernos más radicales. Dice González-Rey (2008):

“La subjetividad social es la forma en que se integran sentidos subjetivos y configuraciones subjetivas de diferentes espacios sociales, formando un verdadero sistema en el cual lo que ocurre en cada espacio social concreto, como familia, escuela, grupo informal, etc. está alimentado por producciones subjetivas de otros espacios sociales” (p. 234).

En este caso, la alternativa de una subjetividad se acerca más a la idea de procesos de naturaleza interna (subjetiva) y externa (sociales, discursivos, etc.) que podría proponer una mutua influencia o diálogo fructífero, de modo que “la comprensión del sentido subjetivo (...) solo puede ser realizada dentro del sistema y no de forma aislada” (2009, p. 105). Gonçalves (2009), desde una perspectiva culturalista vigotskiana, análoga a la de González-Rey, llega a la misma conclusión de la importancia de mantener la noción de personalidad junto a nociones como acción y conciencia “para tener coherencia epistemológica en el campo de la psicología” (p. 192), lo que lleva a rechazar también la mera sustitución de la noción de personalidad por la de identidad con la que algunos autores de las perspectivas culturales y sociales pretendieron en algún momento suprimir cualquier veta de “individualismo” y “determinismo psíquico”.

Bleichmar y los límites teóricos de la subjetividad. Quizá una de las autoras que ha podido establecer uno de los diálogos más interesantes sobre el problema de subjetividad y las nociones tácitas de personalidad ha sido la psicoanalista Silvia Bleichmar (2005, 2009). El posicionamiento de Bleichmar es clave para llamar la atención sobre el hecho de que la subjetividad está en un nivel histórico, antropológico, cultural, pero que tal nivel no podría dar cuenta de los procesos que estudia el psicoanálisis, pues esos procesos anteceden las condiciones circunstanciales de esa subjetividad. Esta idea es análoga a la noción de lo psicológico y la subjetividad: asumir la subjetividad implica omitir lo que hay de psicológico (procesos, mecanismos, regularidades) por la naturaleza circunstancial de un momento, por un lado, y por la suposición filosóficamente pragmática de un lenguaje como expresión de todo lo que debe ser expresado y que concierne al individuo.

Nada de esto intenta sugerir una negación a la importancia de la sociedad, el mundo cultural o el Otro. Al contrario, la sociedad es importante porque las teorías que se usan son, en sí mismas, teorías básicamente sociales-culturales. La subjetividad, en la forma actual, es de forma inevitable un reconocimiento a esa dimensión, independiente de que podría también, ser un reconocimiento a otros elementos (como individualidad, etc.), de modo que en el fondo, la variación es un posicionamiento filosófico.

Ahora bien, aquí nuevamente podemos encontrar perspectivas ya existentes en el ámbito de la psicología que permiten alternativas que, sin desconocer el peso de lo social y cultural, al mismo tiempo dan cabida a procesos psicológicos complejos. Es así como desde la década de los 80's, autores como Stolorow y Atwood (1992/2004) –entre tantos otros–, han “insistido de forma reiterada en que los fenómenos psicológicos «no pueden ser entendidos independientemente del contexto intersubjetivo en el que toman forma» (Atwood y Stolorow, 1984, p. 64)” (p. 27).

Dichas discusiones permiten pensar en una propuesta teórica que nace a cierta distancia de la psicología como ciencia, pero que de todos modos ayuda a comprender la importancia de no aniquilar las dimensiones sociales/culturales versus individuales por una mera apuesta epistémica. Me refiero al modelo de Habermas de “mundos de vida” (1987), en el que este autor articula de forma razonada el peso de todas las diferentes dimensiones que parecen estar en disputa en el debate sobre subjetividad y personalidad dentro de una estructura superior, que en la propuesta de este autor toma el nombre de “mundos de vida”, donde se proponen tres grandes dimensiones de análisis: (a) cultural, que involucra el conocimiento y sistemas de significado; (b) social, que describe normas y procesos de interacción social; (c) personalidad, que describe la formación de identidad y, aunque no lo desarrolla, también otros procesos del individuo.

Organizaciones como las de Habermas vienen a cuenta en la medida en que nos permiten registrar la existencia de un panorama amplio, capaz de hacerle justicia a los diferentes problemas empíricos, teóricos y prácticos que deben afrontar las disciplinas y áreas de conocimiento. Así las cosas, una idea que podemos sostener aquí es que, en efecto, puede haber toda la crítica a la noción de personalidad; incluso se puede llegar a negar su utilidad teórica, tal como lo hicieron en su momento los teóricos del conductismo radical y, años después, los defensores del construccionismo social y el subjetivismo posmoderno, pero lo cierto es que, sea o no reconocida la categoría de

personalidad, existen fenómenos empíricos alusivos al sujeto que requieren una respuesta teórica y un posicionamiento práctico. Algunos de esos fenómenos empíricos u objetos observables implican manifestaciones como las clásicas dimensiones de las teorías de la personalidad descritas por Pervin (1984; Miñarro et al., 2008) que pueden ser resumidas así: (a) *Estructura*: las personas tienden a ser razonablemente estables y consistentes a lo largo del tiempo; (b) *Dinámica/Motivación*: las personas muestran patrones motivaciones y dinámicos complejos que se sostienen en el tiempo; (c) *Desarrollo*: las personas cambian de una forma que es también ordenada y progresiva; (d) *Determinantes*: las personas responden a diferentes determinantes biológicos y ambientales de una manera que va más allá del posicionamiento filosófico o político sobre el peso de *natura* versus *nurtura*; (e) *Patología y Cambio*: las personas se desarrollan y padecen sufrimiento de formas que son también ordenadas (Fierro, 1983; 1996). En mayor o menor medida, casi todas las teorías de la personalidad responden con más o menos éxito a tales discusiones. No sería realista decir lo mismo respecto al posicionamiento subjetivista contemporáneo, donde con tanta frecuencia vemos propuestas en las que las premisas del sistema filosófico parecen querer sustituir las exigencias de una discusión teórica, algo con consecuencias potencialmente tan desastrosas como imaginar que una teoría está libre de una visión de hombre, de realidad y de ciencia. Es allí, precisamente, donde la tradición de la PP muestra cosas que son valiosas tener en cuenta.

LA DIMENSIÓN METODOLÓGICA

Como puede notarse a lo largo de este texto, las dos implicaciones metodológicas más evidentes de la propuesta subjetivista están expresadas en dos visiones: (a) la importancia de la subjetividad como un legítimo discurso en oposición al discurso objetivista, un acerto en el que difícilmente exista discusión, y que podría ser compartido por casi cualquier enfoque de la psicología no objetivista, independientemente de la forma en que se defina el sujeto; (b) la otra noción, en la que sí se podrían encontrar posicionamientos más radicales, describe la importancia capital de lo singular, lo único o lo particular como centro de la propuesta de subjetividad. Aquí, aunque podríamos encontrar, en efecto, claras coordenadas con la PP, existen algunas precisiones sobre la idea de ciencia y conocimiento que es preciso posicionar.

Creo que una manera de hacerlo es mediante una breve digresión. Es esta: en su cuento, *del Rigor de la Ciencia*, un texto emblemático de *El Hacedor*,

incluido en sus *Obras Completas* (1974), Jorge Luis Borges cuenta la historia de un Imperio que había alcanzado tal virtuosismo en el “arte de la cartografía” que, no conforme con tener un mapa tan minucioso de una ciudad que terminaba por ocupar toda una provincia, así como un perfecto mapa del Imperio que, debido a su desmesurado tamaño, ocupaba a su vez toda una provincia, al final, terminaron por levantar “un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él” (p. 847). Ese mapa, cómo dudarlo, era sin duda una joya de precisa “singularidad”; sin embargo, al mismo tiempo, era un fracaso, en la medida en que los mapas no están hechos para reproducir de manera isomórfica la realidad, sino para ofrecernos una representación práctica y precisa de su objeto.

Un peligro semejante es el que corren, y siempre han corrido, las perspectivas científicas que, por el deseo y vocación de retratar de la forma más precisa lo singular y único que existe en un sujeto, se inclinan por anhelar una representación tan precisa, única –así como irracional–, como la del Imperio de los virtuosos cartógrafos.

En el caso de la subjetividad el interés por describir la singularidad del sujeto está presente tanto en el registro psicoanalítico como en el social-cultural. Ruiz (2009), dice: “El saber sobre la subjetividad, sobre el sujeto, es un saber que va más allá de la racionalidad, que desemboca en lo inexpresable, lo desconocido, pero vivenciable, registrable, movilizante de nuestras vidas y ligado al goce” (p. 42). En otros casos, las propuestas ven la subjetividad como un ideal de “particularización”. En este caso, se intenta destacar su supuesta “capacidad *para dar cuenta de la evolución del sujeto y la variabilidad de su comportamiento*” (Tordjam, 2010. Subrayado añadido, p. 238).

Ahora bien, aquí, nuevamente, vemos lo que la PP puede enseñarnos. Estos autores (siempre sin señalarlo) están asumiendo discusiones que obedecen a dos planos ya largamente discutidos: el problema de lo idiográfico (que es, de hecho, el punto de partida de la PP de Allport), así como el problema *emica* que, sin ser de PP, ha sido asumido de diferentes formas por autores del área (Church y Katigbak, 1988).

El problema es este: ambas búsquedas, idiográfica y *emica*, ya nos han enseñado que, por muy encomiable que sea el interés de comprensión del sujeto único, su propuesta radical termina siendo ingenua. Aquí cabe la vieja metáfora de Borges y el pueblo especializado en el arte de los mapas: la ciencia hace mapas, no registra la totalidad de un territorio.

Lo idiográfico como problema. La primera referencia en psicología al problema nomotético e idiográfico se la debemos a Gordon Allport (Marceil, 1977), precisamente, una de las grandes figuras de la PP en el contexto norteamericano. Allport aludía entonces al planteamiento de W. Windelband, quien se refirió por primera vez a este concepto en el año de 1915 (Fattorini, 2007); su propósito era reclamar para la PP un enfoque idiográfico que le permitiese diferenciarse de las visiones experimentales para los que el individuo único era un tema menos que importante (Danziger, 1990). Desde entonces, los términos idiográfico y nomotético se han prestado a una serie de equívocos, terminando por describir (erróneamente, según muchos autores) toda una posición filosófica e incluso estética sobre los modos de hacer ciencia.

Así las cosas, el enredo de este supuesto dilema trajo como consecuencia la formación de dos estereotipos marcados en los que la ciencia nomotética correspondía con el establecimiento de leyes y regularidades, mientras que la visión idiográfica vendría a ser una visión degradada, entendida más bien como una ciencia interesada por el establecimiento de una suerte de casuística de los casos extraños, centrada en la comprensión de lo particular y lo único. Aunque no existe un consenso total sobre este tema, lo cierto es que existe una tradición, posiblemente inaugurada por Marceil (1977) hace años, en la que la visión nomotética general versus idiográfica única es vista, en sí misma, como una caricatura. Desde esa visión, en realidad no existe tal cosa como ciencia nomotética versus ciencia idiográfica, pues el solo hecho de producir conocimiento en ciencias supone el cumplimiento mínimo de un criterio de conocimiento público, de regularidad del fenómeno y extrapolación de la comprensión en base a la teoría; o, lo que es lo mismo: todo conocimiento científico es, por sí mismo, nomotético. La idea de Marceil (1977), entonces, es que no se trata de si existe o no una ciencia nomotética o idiográfica, sino más bien una ciencia con *intereses* nomotéticos en oposición a *intereses* o vocación idiográfica. El mismo Marceil (1977) argumenta que lo que sí podrá variar en su momento serán los métodos y las visiones teóricas y se presenta, para ello, un útil cuadro que me permito versionar a continuación realizando algunas modificaciones respecto a su propuesta original. La tabla quedaría de la siguiente manera:

Tabla 2. *La relación entre ciencia nomotética e idiográfica en función a teoría y método. Tomado y modificado de Marceil (1977).*

TEORÍA/MÉTODO	MÉTODOS NOMOTÉTICOS	MÉTODOS IDIOGRÁFICOS
TEORÍA NOMOTÉTICA	Característico del enfoque factorial en psicología (v.g.: la teoría psicométrica de Cattell)	Enfoques de N=1 en laboratorio (v.g.: ciertas visiones conductistas)
TEORÍA IDIOGRÁFICA	Ciertas visiones clínicas (v.g.: el psicoanálisis de Sigmund Freud en cuanto al análisis de los sueños)	Visiones construccionistas o postconstruccionistas contemporáneas (v.g.: Gergen)

Como puede apreciarse, la intersección entre métodos y teorías nomotéticas e idiográficas permite observar la existencia de propuestas teóricas en psicología que responden, de forma armónica, a los postulados nomotéticos e idiográficos en ciencia. El primer caso es el de la teoría psicométrica de Cattell. La teoría, basada en las diferencias individuales entre individuos es, naturalmente, una teoría nomotética soportada sobre una metodología igualmente nomotética como lo es la utilización del análisis factorial. Se podría decir que se trata, en realidad, de un “arquetipo” nomotético. O lo que es lo mismo: una teoría nomotéticamente *pura*. En el extremo inferior derecho del cuadro puede verse, al mismo tiempo, la antípoda de esa posición representada en una teoría de clara *intención* idiográfica en su contenido teórico y metodológico como es la propuesta construccionista de Gergen.

Ahora bien, el hecho de ser una teoría idiográfica (o de *intención* idiográfica) no implica naturalmente, que el modelo de Gergen proponga un discurso teórico basado en el sujeto único. Lo idiográfico es la finalidad de la teorización, es decir, la posibilidad de ser utilizado con fines concretos en marcos concretos, no meramente el hecho de producir conocimiento de lo único, caso en el cual no se produciría en realidad conocimiento teórico sino más bien un mero compendio de una casuística.

La particularidad cultural. El otro ámbito metodológico que me interesa comentar, si quiera brevemente, es el de la particularidad cultural, dado que las tradiciones sociales y culturales asociadas a la subjetividad han sido de las más combativas dentro de la discusión. Aquí encontramos, nuevamente, recorridos previos que pueden ser de utilidad. Se trata, en este caso, de la distinción *emic-etic* que, si bien no se origina en el ámbito de la PP, ha sido una herramienta clásica en sus estudios.

El término *emic* proviene de un juego de palabras propuesto por el lingüista Kenneth Pike a partir de la última sílaba de la palabra *phonemic*. Implica un conocimiento válido solo para un grupo relativamente homogéneo e integrado de una clase culturalmente definida de personas o lenguas dentro de un período de tiempo específico. En oposición, el término *etic* deriva de la palabra *phonetic* y describe un tipo de conocimiento centrado en parámetros generales de aproximación que privilegian el estudio general de procesos, antes que las especificidades de cada contexto (Cutz y Chandler, 2000). Así, la perspectiva *emic* está focalizada en el descubrimiento y descripción de patrones culturales que gobiernan la conducta, el conocimiento, las actitudes y los valores de un grupo de personas en particular. Entre sus características se cuentan: (a) el conocimiento *emic* no es creado por investigadores o expertos, sino que es inherente a la cultura de los nativos de ese grupo; (b) la descripción *emic* de un determinado aspecto de la cultura es una descripción en los propios términos de la cultura local; (c) el uso de conceptos también es local, nativo (Cutz y Chandler, 2000).

En este caso, igual que en el dilema nomotético versus idiográfico, existe un riesgo de rigidización que, potencialmente, puede implicar un problema más que una solución respecto al uso de diseños cualitativos de comparación de grupos. El riesgo consiste en ignorar que cuando se considera un grupo de personas en particular (visión *emic*), la validez de ese conocimiento está dado por la contextualización de ese grupo, más que por el hecho de que ese conocimiento sea el único conocimiento genuino de ese grupo. Dicho de otra forma, la idea del carácter único de la perspectiva *emic* no implica de modo alguno la imposibilidad de establecer relaciones, análisis o comprensiones con otros grupos sin que, por ello, se renuncie al objetivo *émico* por excelencia que es, desde luego, visibilizar las peculiaridades del grupo; sin olvidar, desconocer o minimizar el hecho de que un conocimiento *émico* será siempre válido en la medida en que refleje la mirada contextual del grupo en cuestión. Como comentan Fielding y Fielding (1986), en este caso la “prueba de validez es el juicio de los informantes, no la comparación entre alternativas sugeridas por el etnógrafo. Sin embargo, allí existe todavía un tipo de comparación: está implicada en la selección de lo que se va a reportar, así como el uso de términos del propio repertorio para mostrar los resultados” (pp. 21-22)

Por su parte, en 1998, Díaz-Loving presentaba un modelo para resolver el dilema *emic-etic* en personalidad, sin que por ello debía recurrirse a una supresión de la categoría de persona. Este autor destacaba la importancia

de “considerar la interacción entre la experiencia psicológica y el contexto sociocultural en el que aparecen los fenómenos” (p. 115-116) en cuanto a los procesos de generalización de los constructos sometidos a estudio, como respecto a las operacionalizaciones de los instrumentos utilizados.

Conviene destacar que no existe ningún problema con conducir estudios estrictamente intencionales en su dimensión idiográfica, así como tampoco estrictamente émicos. Su valor es indiscutible y su aporte a la discusión teórica también. Ahora bien, algo que hemos aprendido con los años, tanto en el ámbito de la PP, como en el ámbito de la investigación en psicología y ciencias sociales en general, es que el estudio de una sola perspectiva canónica –asumida por convicciones meteóricas o por mera rigidez dentro de la adscripción a un determinado movimiento o grupo– lejos de resolver problemas conceptuales, termina por empobrecer el campo de conocimiento que se pretende estudiar.

Como comentan Moran-Ellis et al. (2006, p. 48), el argumento para objetar el uso de modelos mixtos, es que “las diferencias paradigmáticas entre las explicaciones positivista e interpretativa de la naturaleza de la realidad social anulan la interpretación de la convergencia como indicador de la validez de la medición”; sin embargo, señalan que “los métodos se pueden triangular para revelar las diferentes dimensiones de un fenómeno y enriquecer la comprensión de la naturaleza compleja y multifacética del mundo social” (p. 48).

Así, como puede apreciarse, existen motivos de peso para considerar que pese al inmenso y crítico valor que tienen las perspectivas del análisis único descritas por la ideografía y las perspectivas *emic*, lo cierto es que una modalidad de estudio que sólo se centre en su exploración implicará, de forma irremediable, no solo la renuncia a otras dimensiones del conocimiento en ciencia sino, lo que es todavía más amenazante, a la posibilidad de establecer comprensiones más complejas teóricamente, así como potencialmente útiles para la intervención.

Aquí, nuevamente, los aprendizajes de la PP vuelven a ofrecernos una oportunidad de reflexión que, sin desacreditar ni anular los valores inherentes de los enfoques metodológicos, crea un interesante escenario o perspectiva integradora. Tal cosa puede verse en la propuesta de McAdams (2009) de un abordaje de la personalidad en base a tres niveles, presentada en la tabla 3.

Tabla 3. Tres Niveles del estudio de la personalidad. Tomando y modificado de McAdams, 2008.

Dimensión	Caracterización teórica y metodológica
Rasgos disposicionales	Corresponde a la dimensión típicamente factorial. Por ello, su propuesta metodológica es la clásica perspectiva de estudio de rasgos mediante grandes muestras y métodos de análisis factoriales.
Adaptaciones Características	Alude a los diferentes procesos dinámicos asociados a la conducta. En este marco, resultad factible una variedad de aproximaciones que van, desde los estudios experimentales y correlacionales, hasta diferentes formas de aproximación cualitativa.
Narrativas de vida	Esta dimensión hace alusión a contenidos particularmente subjetivos, alentando la utilización de métodos narrativos, discursivos, fenomenológicos y hermenéuticos.

Tal como muestra la tabla, resulta perfectamente factible abordar el estudio de la personalidad asumiendo la legitimidad teórica y metodológica de las tres dimensiones propuestas por McAdams (2009), de modo que, lejos de ser un defecto o debilidad, terminemos por asumir múltiples alternativas para el abordaje de los diversos y complejos problemas de nuestra indagación teórica y aplicada.

CONCLUSIÓN

En este texto he intentado recorrer algunas instancias propias de la PP con el objetivo de analizar, evaluar y criticar las oportunidades y limitaciones de la perspectiva subjetiva respecto a la noción de personalidad o persona. El resultado de este ejercicio no podría considerarse, en modo alguno, un elemento probatorio; mucho menos intenta presentarse como una evidencia empírica conclusiva sobre el estado de la cuestión. Existe, por otra parte, la posibilidad de que mi análisis puedan estar equivocado. Con todo, la tarea emprendida aquí permite sugerir algunos elementos que pueden ser interesantes y que intentaré presentar de la forma más sintética posible. El primer elemento es que las nociones subjetivas y de personalidad tienen, por descontado, pleno derecho a existir en el ámbito general de la discusión en ciencia. Ahora bien, reconocido este hecho, también es importante destacar que el valor y potencial que puede brindarnos la noción subjetiva corresponde con una parte muy limitada de las opciones epistémicas, teóricas

y metodológicas de la perspectiva en personalidad. Es así como podemos encontrar que, en lo que respecta a la dimensión metateórica, la perspectiva subjetiva describe un posicionamiento sobre la realidad, los modos de conocer, el ser humano, la ética y la política perfectamente sustentable, si bien estrechamente condicionado por las siguientes coordenadas: a) una visión de realidad y conocimiento repleto de suposiciones metafísicas discutibles; b) una sensibilidad que explícitamente desdibuja los mecanismos y procesos de la persona, en beneficio de los contenidos culturales, sociales y de lenguaje; c) una perspectiva política que se centra en la implicación ideológica de la individualidad como potencial enemigo de las luchas y las reivindicaciones sociales; por su parte, nos muestra una visión teórica diversa, en la que predominan vaguedades incapaces de responder problemas típicos del área, así como una visión metodológica también vaga, que contrasta con las visiones de las grandes teorías de personalidad.

Por último, pero no menos importante, quisiera introducir las implicaciones que tienen esta discusión para la dimensión aplicada de la psicología; una disciplina que, a su vez, es ciencia y profesión. Esto es importante porque, si bien los textos que leemos habitualmente son escritos por académicos que miran la psicología desde la perspectiva de la producción de conocimiento, muchas veces sin ninguna relación concreta con las exigencias de la práctica profesional, lo cierto es que esa práctica representa, en realidad, el universo performativo más amplio de la psicología.

Es así como nos encontramos con la curiosa paradoja de que, pese al declive académico de los grandes sistemas en la discusión en personalidad, lo cierto es que el panorama en la práctica de la psicología no parece verse particularmente afectado por las discusiones y nuevas sensibilidades. Existe visiones más parciales, tal como se conoce desde el inicio de las teorías de corto alcance y alcance medio; sin embargo, el enfoque de la persona que subyace al psicoanálisis, el modelo cognitivo-conductual, el humanismo, etc., sigue dando frutos en la práctica. Lo que ha ocurrido con el tema de la subjetividad es que, con frecuencia, ha intentado asimilarse a modelos ya existentes. El caso del psicoanálisis (y, dentro de él, la variante lacaniana) es quizá el punto más significativo. O, como en el caso de González-Rey (2008, 2009), se ha expresado con teorías parciales. Sin embargo, en ninguno de los casos la práctica psicológica parece haber desdibujado el potencial poderosamente heurístico y pragmático que puede derivarse de la aplicación de los grandes sistemas de personalidad para la comprensión, evaluación, diagnóstico e intervención en psicología.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dedicar este texto a la memoria de mis profesores de Psicología de la Personalidad: El Dr. Andrés Miñarro y el P. Julio Velilla, S. J, con quienes luego tuve el privilegio de compartir por algunos años de esa cátedra en la Escuela de Psicología de la UCAB. También quisiera expresar mi agradecimiento a mi compañero de cátedra, Manuel Llorens, así como a la Dra. Maritza Montero, con quienes durante años tuve valiosas conversaciones sobre algunos de estos temas. Quisiera también expresar mi agradecimiento a Alejandra Sapene-Chapellín y al P. Danny Socorro S.J., así como a mis colegas profesores y estudiantes del seminario de reflexión teórica del semestre 2022-1 del doctorado en Psicología de la Universidad del Valle, en Cali, Colombia, con quienes he discutido algunos problemas que forman parte de este texto.

REFERENCIAS

- Aquino, A. (2013). La subjetividad a debate. *Sociológica*, 28, 80, pp. 259-278.
- Atherton, O. E., Chung, J. M., Harris, K., Rohrer, J. M., Condon, D. M., Cheung, F., Vazire, S., Lucas, R. E., Donnellan, M. B., Mroczek, D. K., Soto, C. J., Antonoplis, S., Damian, R. I., Funder, D. C., Srivastava, S., Fraley, R. C., Jach, H., Roberts, B. W., Smillie, L. D., Sun, J., ... Corker, K. S. (2021). Why Has Personality Psychology Played an Outsized Role in the Credibility Revolution? *Personality science*, 2, 1-21. <https://doi.org/10.5964/ps.6001>
- Atherton, O. E., (2022). Stability and Change in the Big Five Personality Traits: Findings From a Longitudinal Study of Mexican-Origin Adults. *Journal of Personality and Social Psychology*, 122, 2, 337-350. <https://doi.org/10.1037/pspp0000385>
- Atwood, G. y Tomkins, S. (1976). On the subjectivity of personality theory. *J. Hist. Behav. Sci.*, 12, 166-177. [https://doi.org/10.1002/1520-6696\(197604\)12:2<166::AIDJHBS2300120208>3.0.CO;2-Y](https://doi.org/10.1002/1520-6696(197604)12:2<166::AIDJHBS2300120208>3.0.CO;2-Y)
- Atwood, G. y Stolorow, R. (1993). *Faces in a cloud: Intersubjectivity in personality theory*. Jason Aronson.
- Badiou, A. (1992/2003). *Condiciones*: Fondo de Cultura Económica.
- Bermúdez, J.; Pérez-García, A.M.; Ruiz, J. A.; Sanjuán, P.; Rueda, B. (2011). *Psicología de la Personalidad*: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. 2 ed: Topía Editorial.

- Bleichmar, S. (2009). *El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo*: Topía Editorial.
- Borges, J. L. (1974). *Obras Completas*: Emecé.
- Branney, P. (2009). Subjectivity, Not Personality: Combining Discourse Analysis and Psychoanalysis. *Social and Personality Psychology Compass*, 2 (2), p. 574-590. DOI:10.1111/j.1751-9004.2007.00068.x
- Castro, E. (2004). *El vocabulario de Michel Foucault*: Universidad Nacional de Quilmes.
- Cervone, D: (1991). The Two Disciplines of Personality Psychology. *Psychological science*. 2, 9. p. 371-371. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9280.1991.tb00169.x>
- Church A., y Katigbak M. (1988). The Emic Strategy in the Identification and Assessment of Personality Dimensions in a Non-Western Culture: Rationale, Steps, and a Philippine Illustration. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 19 (2):140-163. doi:10.1177/0022022188192002
- Corral, R. (2004). Qué es la subjetividad. *Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, 1 (4), 185-199.
- Danziger, K. (1990). *Constructing the Subject. Historical origins of psychological research*. Cambridge: University Press.
- Deleuze, G. (1953/1977). *Empirismo y subjetividad*: Granica Editor.
- Demo, P. (1985). *Investigación participante. Mito y realidad*: Kapelusz.
- Díaz-Loving, R. (1998). Contributions of Mexian ethnopsychology to the resolution of the etic-emic dilemma in personality, *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 29 (1), 104-118.
- Elster, J. (2007). *Explaining social behavior. More Nuts and Bolts for the Social Sciences*: Cambridge University Press.
- Fielding y Fielding (1986). *Linking data*: Sage.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo Veintiuno.
- García, J. E. (2010). La enseñanza de la psicología en la Universidad Nacional de Asunción (Paraguay). *Teoría e Investigación en Psicología*, 19, 61-179.
- García, J. E. (2011). La enseñanza de la historia de la psicología en las Universidades Paraguayas. *Revista De Investigación En Psicología*, 14 (2), 71-94. <https://doi.org/10.15381/rinvp.v14i2.2101>
- Gergen, K. (2022). El impacto de la construcción social en psicología y ciencias sociales. *Magazine de la Facultad de Psicología, Universidad del Valle*. 5, enero-junio, pp. 48-61.

- Gómez, C. (2012). Je te mathème! Badiou y la des-psicologización del amor. *Teoría y crítica de la psicología*, 2, 63-85.
- Gonçalves, F. (2009). Subjetividade, individualidade, personalidade e identidade: concepções a partir da psicologia histórico-cultural. *Psicologia da Educação*, 28, 1, pp. 169-195.
- González-Rey, F. (2008). Subjetividad social, sujeto y representaciones sociales, *Revista Diversitas*, 4, 2, 225-243.
- González-Rey, F. (2009). *Psicoterapia, subjetividad y postmodernidad. Una aproximación desde Vigotsky hacia una perspectiva histórico-cultural*: Noveduc Libros.
- Heidegger, M. (1991). *Hölderlin y la esencia de la poesía*: Anthropos.
- Fierro, A. (1983). *Personalidad. Sistema de Conductas*: Trillas.
- Fierro, A. (1996). *Manual de Psicología de la Personalidad*: Paidós.
- Fattorini, S. (2007). A statistical method for idiographic analyses in biogeographical research. *Diversity and distributions*, 13, 836-844.
- Habermas, J. (1987). *The Theory of Communicative Action: Life World and System, a Critique of Functionalist Reason*: Beacon.
- Hogan, R. (1998). Reinventing personality. *Journal of Social and Clinical Psychology*. 17, 1, pp. 1-10.
- Iriart, C. (22 de Oct, 1985). Jean-François Lyotard: "El posmodernismo es acostumbrarse a pensar sin moldes ni criterios". *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/diario/1985/10/23/cultura/498870004_850215.html
- Kelly, G. (1955/1991). *The Psychology of Personal Constructs. Vol. 1*: Routledge.
- Llorens, M. (2012). Aproximación Crítica a la Enseñanza de la Psicología de la Personalidad. *Teoría y crítica de la psicología*, 2, 159-183.
- Lyotard, J.F. (1979/2000). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. 7ª Ed: Cátedra.
- Marceil, J. (1977). Implicit dimensions of idiography and nomothesis: A reformulation. *American Psychologist*, 32, 12, 1046-1055.
- Martín, J. P. (2000). Psicología como desalienación: reflexiones críticas sobre la psicología a través de Michel Foucault. *Tabanque*, 15, pp. 271- 285.
- McAdams, D. (2009). *The person. An Introduction to the Science of Personality Psychology*: Wiley.
- Miñarro, A., Rodríguez, P. E. y Llorens, M. (2003). Personalidad. En: G. Peña y Y. Cañoto (Ed.) *Introducción a la Psicología I: Componentes Básicos* (pp. 231-265): Universidad Católica Andrés Bello.

- Molina, N. y Estrada, A. M. (2006) Critical Construction of Psychology in Colombia. *Annual Review of Critical Psychology*, 5, 342-353.
- Montero, M. (1999). De la Realidad, la Verdad y otras Ilusiones Concretas: Para una Epistemología de la Psicología Social Comunitaria. *PSYKHE*, 8, 1, 9-17.
- Pervin, L. (1984). *Personalidad. Teoría, diagnóstico e investigación*. 7ª Ed: Desclee de Brower.
- Pervin, L. (2003). *The Science of Personality*. 2d. Ed: Oxford University Press.
- Ruiz, E.G. (2009). El psicoanálisis y el saber acerca de la subjetividad. *Espiral, estudios sobre Estado y Sociedad*, 16, 46, 37-58.
- Rychlak, J. (1981). *Introduction to Personality and Psychotherapy. A Theory-construction Approach*. 2d. Ed: Houghton Mifflin Company.
- Stolorow, R. y Atwood, G. (1992/2004). *Los Contextos del Ser. Las bases intersubjetivas de la vida psíquica*: Herder.
- Tolini, D. (2022). Subject and subjectivity: reflections on the relation between structure and history. *Ágora*, 25, 1, 73-81. <http://dx.doi.org/10.1590/1809-44142022001009>
- Tordjman, S. (2010). At the crossroads between psychoanalysis and neuroscience: The importance of subjectivity. *Journal of Physiology – Paris*. 104, p. 232-242. doi:10.1016/j.jphysparis.2010.08.001